


La concepción positivista de los Grandes Libros: Frederic Harrison y la recepción victoriana de la *Bibliothèque de Auguste Comte*

Àngel Pascual Martín

Universitat de Barcelona (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/ritie.89176>

Recibido: julio 2023 • Revisado: septiembre 2023 • Aceptado: octubre 2023

ES Resumen. El presente artículo repasa la contribución positivista al surgimiento de la idea de los Grandes Libros. A menudo desatendida al lado de figuras como Matthew Arnold o Sir John Lubbock, se reivindica aquí, como un hito en la concepción de esta tradición, la obra de Frederic Harrison (1831-1923), y en especial su recepción de la *Bibliothèque du Prolétaire au siècle XIX* de Auguste Comte. En la primera parte, a partir de los trabajos del francés y de su adopción por parte de quien se erigiría en uno de los máximos exponentes del positivismo en Inglaterra, se expone detenidamente el lugar que ocupa en la doctrina positiva la selección literaria y su uso habitual por parte de las clases populares. En la segunda parte, se analiza el diálogo que Harrison, bajo esta perspectiva mantuvo con Arnold y Lubbock, y más concretamente, el papel que sendos intercambios habrían jugado en *Culture and Anarchy* y en la colección de los *Best Hundred Books*, en lo que respecta, por un lado, a la defensa de la cultura y a sus implicaciones para el ejercicio político, y por otro, a qué es imprescindible leer y la selección a que da lugar.

Palabras clave: Grandes Libros; positivismo; cultura; educación liberal; Inglaterra Victoriana

EN The positivist conception of Great Books: Frederic Harrison and the Victorian reception of Auguste Comte's *Bibliothèque*

EN Abstract. This article traces the positivist contribution to the rise of the Great Books idea. Often overlooked alongside figures like Matthew Arnold or Sir John Lubbock, it asserts here a crucial milestone in the genesis of this tradition: the work of Frederic Harrison (1831-1923) and, particularly, his reception of Auguste Comte's *Bibliothèque du Prolétaire au siècle XIX*. In the first part, based on the French author's works and their adoption by one of the foremost exponents of positivism in England, the article thoroughly explores the role of literary selection within positivist doctrine and its regular use among the working classes. The second part analyzes the dialogue that Harrison would have engaged in with Arnold and Lubbock, specifically examining the influence of these exchanges on *Culture and Anarchy*, the defense of culture and its implications for political engagement, as well as on the compilation of the *Best Hundred Books* and the resulting selection of essential reading material.

Keywords: Great Books; positivism; culture; liberal education; Victorian England

Sumario: 1. Introducción. 2. La *Bibliothèque du Prolétaire au siècle XIX* de Auguste Comte. 3. *The Choice of Books* de Frederic Harrison. 4. "Los enemigos de la cultura". Matthew Arnold contra Harrison. 5. *Sir John Lubbock's Best Hundred Books*. 6. El legado positivista y la tradición de los Grandes Libros. 7. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Pascual Martín, À. (2024). La concepción positivista de los Grandes Libros Frederic Harrison y la recepción victoriana de la *Bibliothèque de Auguste Comte*. *Revista Internacional de Teoría e Investigación Educativa*, 2, e89176. <https://dx.doi.org/10.5209/ritie.89176>

1. Introducción

Una comprensión imprecisa de las diferentes iniciativas pedagógico-literarias surgidas en torno a los orígenes de la tradición de los Grandes Libros ha sido la causa de algunos de los malentendidos que han tenido lugar durante el siglo xx en los Estados Unidos sobre la naturaleza, forma y finalidad de la educación liberal, a la que se han asociado este tipo de propuestas curriculares (Carnochan, 1993; Carnochan, 1999: 352-353). El ideal formativo construido entorno a los Grandes Libros toma forma a partir de la segunda mitad del siglo xix, mucho antes de la aparición de monumentales colecciones como *Harvard Classics* (1909-1910) o *Great Books of the Western World* de Encyclopaedia Britannica (1952), y anterior a los primeros programas de grado y de extensión universitaria basados en la lectura y discusión de grandes obras de la tradición, como los desarrollados en Columbia (1920), Chicago (1930) o Virginia y el St John's College (1937). Sin haber prestado demasiada atención a la especulación sobre el material y los usos óptimos de la lectura que tuvo lugar simultáneamente en Norteamérica –valgan como ejemplo las obras de Emerson, Porter o Lowell–, los artífices contemporáneos de este tipo de programas en boga hasta el día de hoy señalan algunas figuras de la Inglaterra victoriana como sus principales referentes. Dos hitos del siglo xix inglés sobresalen al resto: *Culture and Anarchy* (1869) de Matthew Arnold y el catálogo de los *Best Hundred Books* (1886) de Sir John Lubbock (Erskine, 1915; Buchanan, 1962; Adler, 1977; Lee, 2020; Montas, 2021; Torralba, 2022; ACTC, 2023).

Mientras tanto, otro género de aportaciones sobre el gran problema de qué leer y con qué espíritu hacerlo, constitutivas al mismo tiempo del ideal victoriano de los Grandes Libros, han pasado prácticamente desapercibidas (Carnochan, 1999; Chaddock-Reynolds, 2002; Lacy, 2008; Beam, 2008). Este es el caso de Frederic Harrison (1831-1923), a quien se le atribuye el honor de ser el primero en utilizar la expresión “great books” (Lacy, 2008: 408) y quien habría mantenido interlocución con el mismísimo Arnold y con Lubbock, interlocuciones sin duda decisivas, por un lado, para la concepción de cultura discutida en *Culture and Anarchy*, como por otro, para la selección, edición y producción de la colección de los *Best Hundred Books*. Del olvido de la obra de Harrison y de estos intercambios se derivan algunas inexactitudes históricas y licencias teóricas en la reconstrucción de la filosofía de los Grandes Libros, la más significativa de las cuales es, sin lugar a dudas, un cierto ascendente positivista en la colosal obra de Auguste Comte, y en particular, en el planeamiento de la *Bibliothèque du Prolétaire au siècle XIX*. Licencia esta, que puede explicarse, en el mejor de los casos, por la incredulidad a que una filosofía cientifista y en última instancia materialista, abogara –al menos, de forma provisional– por un sistema de enseñanza en algún sentido humanista (Lacy, 2008: 412); y en el peor, por la poca seriedad con la que se han tomado y el desprestigio con el que se han despachado los instrumentos desarrollados por Comte al servicio del sistema positivo (Arbousse-Bastide, 1957: 321).

2. La *Bibliothèque du Prolétaire au siècle XIX* de Auguste Comte

El filósofo de origen occitano Auguste Comte (1798-1857) incluye después del *Préface* de la primera edición del *Catéchisme Positiviste* de 1852 y en el *Appendice* del cuarto tomo del *Système de Politique Positive* de 1854, las respectivas versiones revisadas y mejoradas de un catálogo de lecturas inicialmente bautizado con el título de *Bibliothèque du Prolétaire au siècle XIX* y conocido para siempre más como la *Bibliothèque Positiviste*. El mismo habría sido esbozado en 1848 a partir de la consulta del proletario Etienne Jacquemin sobre la educación de su hermana pequeña, desarrollado posteriormente en ocasión del curso sobre la evolución de la humanidad impartido en 1849 en el Palais-Royal, e impreso para una primera distribución en un boletín de tres páginas por la editorial Thunot en octubre de 1851. A título póstumo, en 1860 aparecería una última edición en la que se incorporaron las propias notas manuscritas de Comte al catálogo (Comte, 1852a: XLIII-XLVII; Comte, 1854: 557-561; Comte, 1981: 165-169; Comte, 1982: 483-485; Robinet, 1860: 483-486; ver Dupin, 2020; Petit, 2018; Pickering, 2009).

Se trata de un compendio de ciento cincuenta volúmenes que integran un total de doscientos setenta escritos, de valor permanente y característicos del mundo occidental, pertenecientes a ciento cuarenta autores y autoras diferentes, y repartidos en cuatro grandes secciones: Poesía, Ciencia, Historia y Filosofía, Moral y Religión. Cada una de ellas, conformada por treinta volúmenes listados en orden cronológico ascendente, excepto Historia, que incluye sesenta, en orden descendente. A pesar de que los ciento cincuenta volúmenes estarían pensados para poderlos utilizar de manera más o menos constante, Comte distingue las obras morales y poéticas como las únicas que merecerían ser de uso habitual. En última instancia, las obras incluidas lo están en función de su carácter y potencial edificante, es decir, bajo criterios estrictamente educativos. La selección no pretende establecer un juicio comparativo entre autores, ni mucho menos tiene una intención excluyente o condenatoria respecto a los no presentes. Como tampoco tiene una intención canónica que quiera modelar o estereotipar la literatura o dirigir el desarrollo de una determinada rama del conocimiento. Sin embargo, con el ánimo de que el catálogo pueda ser adoptado universalmente, las obras son incluidas, más allá de su origen nacional y de su modernidad, por su representatividad y capacidad de expresar de forma general y sintética a la Humanidad, así como por su capacidad de transmitir simpatía por la misma. Tal como lo presenta el propio Comte en el *Catéchisme* y en el *Système*, la *Bibliothèque* se habría diseñado con la pretensión de integrar, de forma condensada, los principales tesoros intelectuales de la Humanidad y de servir de guía a las buenas mentes, especialmente populares, en su uso habitual. Con una doble finalidad. Por un lado, el recuerdo y la celebración de los grandes objetos de la historia de la meditación humana. Por otro, el alejamiento de las lecturas malas, inútiles y carentes de orden y de intención que tantos estragos morales e intelectuales habrían creado, y

para las que el contenido de la presente colección resultaría propiamente un correctivo higiénico (Comte, 1852a: XL-XLI; 1854: 405-407; Harrison, 1886c: 3-4).

Cabe recordar que, en último término, la filosofía de Comte está gobernada y tiene una naturaleza esencialmente práctica o social. En el sistema positivo, las investigaciones científicas y las construcciones teóricas no tienen un fin en sí mismas, sino que aparecen subordinadas al establecimiento de las bases racionales sobre las que edificar las instituciones de la nueva sociedad. Así mismo, se ha señalado como toda la doctrina positiva estaría dirigida por una preocupación educativa; incluso, como demuestra el filósofo francés, no solo de palabra en el *Cours de Philosophie Positive* (1830-1842), sino también de hecho con la continua dedicación del autor a la enseñanza popular, que el sistema positivo, en su dimensión política, se estructuraría como un todo para la enseñanza (Arbousse-Bastide, 1957; Negri, 1966: 193-202; Muglioni, 1996: 226; Jiménez Abad, 1999: 222-223). Sirviéndose de herramientas como la *Bibliothèque* o el *Calendrier positiviste ou Système général de commémoration publique* (Comte, 1952b), el sistema de filosofía positiva constituye el todo de la enseñanza necesaria para lograr la regeneración humana en la eventual transición hacia el tercer y último estadio del desarrollo del espíritu humano, el estado científico o positivo (Comte, 1854: 405-407).

Dicha transición, según Comte, debería darse tanto en el orden teórico o espiritual como especialmente en el orden social o moral. En el orden teórico o espiritual, aunque la historia haya demostrado la victoria indiscutible de las ciencias y del método experimental, la culminación del proceso mediante el cual la razón se liberaría de la imaginación solo se ha llevado a cabo en el campo de los fenómenos físicos y biológicos; entretanto, en el campo de los fenómenos humanos y sociales, nuestra comprensión sigue gobernada por la teología y la metafísica. Mientras en el orden moral, un sistema de verdades comunes sobre el hombre y la sociedad que pongan remedio a la confusión y la anarquía de ideas y creencias existente, es la única solución posible al problema social, especialmente después del período revolucionario que habría vivido Europa (Muglioni, 1996: 225-226). La filosofía positiva se propondrá, en consecuencia, como un sistema de ideas total universalmente aceptado que introduzca orden y facilite el progreso en ambas esferas. Por un lado, como un sistema universal de educación que permita la regeneración intelectual, transmitiendo la doctrina común, la del conocimiento positivo de la sistematización humana y del orden general de los fenómenos que la afectan, previo conocimiento del camino gradual seguido por el espíritu humano (Comte, 1851: 582-583; Jiménez Abad, 1999: 224; Muglioni, 1996: 227-228, 230-231). Por otro lado, como si de un catecismo se tratara, la educación sobre todo debe facilitar la regeneración moral de los pueblos, difundiendo y promoviendo la convergencia de opiniones y de costumbres mediante el conocimiento de los productos resultantes de las sucesivas fases de la civilización, con el fin de disolver el egoísmo y de crear un sentimiento de simpatía, amor, benevolencia o solidaridad social, y una continuidad histórica entre la Humanidad, que rijan las relaciones hasta alcanzar un estado de armonía pública y de paz (Jiménez Abad, 1999: 234, 242). A estas dos funciones sirve pues la *Bibliothèque*. En primer lugar, proporcionando los instrumentos necesarios para la preservación de la unidad teórica conquistada mediante la enseñanza directa. Y en segundo, presentando e invitando a la participación en los principales eventos de la historia de la Humanidad, junto con el *Calendrier*, al que complementa dando a conocer las obras de los poetas, filósofos y hombres de ciencia celebrados en este (Dupin, 2020).

Como se desprende del *Discours sur l'esprit positif*, la filosofía positiva tiene como primer destinatario a la masa popular, y como indica el adjetivo que acompaña a la *Bibliothèque* en su denominación original ("*prolétaire*"), es para el uso de esta masa trabajadora que está diseñado el catálogo de Comte (Negri, 1966: 202-210). El abandono en el que el creciente desuso de la educación teológica y su sustitución por una cierta instrucción metafísica y literaria ha dejado a la clase trabajadora, convierte a esta en el colectivo mejor dispuesto a acoger la nueva filosofía, y a encontrar ésta en el proletariado el apoyo necesario para llevar a cabo la reconstrucción espiritual y moral (Comte, 1944: 82-83). Por un lado, el hecho de que el pueblo no haya recibido una educación escolástica, lo ha mantenido indemne de los sofismas de las gentes ilustradas y lo sitúa en una buena disposición para la positividad racional (Comte, 1944: 85). Por otro, la función que las clases populares desempeñan en la sociedad industrial, de trato directo con la naturaleza, de mayor simplicidad, con un propósito claramente determinado, abocado a resultados inmediatos y condiciones más imperiosas, hace que, en ellos, y no en los empresarios, se concentre la eficacia especulativa de la vida industrial. Sin mencionar el hecho que los proletarios, a pesar de su enorme dedicación al trabajo, sepan mejor que el empresario, siempre preocupado por los negocios, como disfrutar del ocio y de la tranquilidad intelectual y moral que este conlleva (Comte, 1944: 86-87; cf. Petit, 2018).

Por último, añadir que, además de la instrucción y de la conmemoración, la *Bibliothèque*, ejerce una tercera función, que cabe enmarcar dentro de una reacción y un intento de corrección de la emergente, sobredimensionada y descontrolada industria del libro. El catálogo comtiano constituye, por un lado, un esfuerzo por establecer un cierto estándar de referencia para el público que contrarreste el impulso que lleva al negocio del libro hacia la extinción de determinadas obras bajo el fervor de la novedad, la moda o los intereses del momento. Dicho de otra manera, la *Bibliothèque* trataría de imponer, o al menos marcar o condicionar, el contenido mínimo y la cantidad de la oferta editorial a través de la educación del público lector, hasta disponer de una línea editorial verdaderamente gobernada por el espíritu positivo (Comte, 1854: 405-407). Por otro lado, en este mismo contexto editorial, la *Bibliothèque* quisiera transformar la lógica de producción y distribución del libro, así como la forma en que estas condicionan la circulación de ideas y de textos, y su estudio. Los libros, lejos de ser concebidos como un objeto comercial, están pensados para circular libremente y obedecer a afinidades y atribuciones pedagógicas más que comerciales, de la misma manera que un maestro elige los textos y los pone a disposición de sus alumnos (Dupin, 2020). Es con

este espíritu que, después de la muerte de Comte, algunos de sus discípulos, en buena medida dirigidos por Pierre Laffitte, decididos a continuar con la misión educativa positivista, y en el marco de una serie de actividades de enseñanza popular, el 1 de marzo de 1880 inauguraron en la rue Réamur de París una biblioteca pública positivista que posteriormente se replicaría en otros lugares del país (Labreure, 2018). En la misma línea, en Inglaterra, imbuidos por el mismo espíritu, hicieron lo correspondiente en Newton Hall y en el centro de Chapel Street, lugar original de reunión de los positivistas en Londres (Harrison, 1886c: 7).

3. *The Choice of Books* de Frederic Harrison

El positivismo y la Religión de la Humanidad disfrutaron de un considerable seguimiento en Inglaterra. Casi se puede decir que la filosofía de Comte tuvo una mejor acogida en las islas que en su país de origen (Harrison, 1896: xii-xiii). En estas, su obra fue reseñada por primera vez en 1838 por David Brewster, un eminente científico y filósofo de la ciencia. El artículo de Brewster, despertaría el interés de los sectores radicales ingleses, y especialmente de John Stuart Mill, quien antes de mantener correspondencia con el propio Comte (1841-1847) y de dedicarle el *Auguste Comte and Positivism* (1865), crítico con su filosofía, reivindicó en *System of Logic* (1843) el importante legado del positivismo no solo para las ciencias exactas, sino también para la sociología y la historia. Al lado de Mill, nadie contribuiría tanto a la difusión del positivismo como la economista, socióloga, filósofa y activista Harriet Martineau, especialmente a partir de la edición abreviada y traducción del *Cours de Philosophie Positive* (1853) (Sartori, 2021: 821-822).

Mientras la recepción de Mill le confiere una reputación filosófica en Inglaterra y la obra de Martineau contribuye más que ninguna otra a la popularización de la doctrina positiva, Richard Congreve (1818-1899), traductor al inglés del *Catéchisme Positiviste* (1858) y de uno de los cuatro volúmenes del *Système de Politique Positive* (1875-1877), es el auténtico responsable que a partir de 1855 se inicie el movimiento que llevará a la institución de una escuela y sociedad positivista en Inglaterra. Alumno de la Rugby School en tiempos de Thomas Arnold, Congreve realizó sus estudios superiores en el Wadham College de Oxford entre 1837 y 1840, fue ordenado ministro de la Iglesia de Inglaterra en 1843 y posteriormente, entre 1845 y 1848, regresó a Rugby para ejercer él como *Master*, justo antes de volver a Wadham, esta vez en calidad de tutor. Pero en el año de su retorno a Oxford, poco después de la Revolución de París del 48, su destino sufriría un giro radical. A raíz de un viaje a la ciudad del Sena, en el que tendrá la oportunidad de reunirse con Comte, iniciará un proceso de conversión. Este lo llevará, en 1854, a abandonar el ministerio evangélico y, consecuentemente, su carrera académica, hasta establecer el movimiento positivista de Inglaterra, del cual se erigirá como adalid, llegando a fundar y dirigir la *London Positivist Society* (1867) y la *English Church of Humanity* (1870) (Wilson, 2021; Sartori, 2021: 823-824).

A pesar de autoimponerse restricciones a la hora de mencionar a Comte y sus escritos en clase (Harrison, 1907: 19; Wilson, 2021: 121), del paso de Congreve por Oxford como tutor de filosofía y tradición clásica, resultará un reducido grupo de fieles acólitos interesados en las enseñanzas que inspirarían en secreto a su profesor. Entre este grupo de jóvenes, Frederic Harrison (1831-1923) es quien terminaría sucediéndole al frente de los positivistas ingleses (Wilson, 2021: 119). De la mano de Congreve, además de introducirse a la tradición filosófica y literaria, Harrison adopta progresivamente la filosofía de la experiencia y se convence que el pensamiento moderno tendrá que descansar en un futuro próximo en algún tipo de filosofía positiva. Enormemente impresionado por la visión general y sintética que ofrecerá el positivismo sobre la historia y por el esquema que dibuja para la realización de una nueva ciencia social, Harrison encuentra en esta filosofía la salvación a dos de las principales maldiciones de su tiempo: el reduccionismo de la especialización, y la falta de rigor con el que se establecen los últimos principios del conocimiento (Harrison, 1907: 19, 20, 22-23). De su adopción progresiva del sistema positivista también se produce en Harrison una pérdida de fe en las enseñanzas de la Iglesia anglicana, y especialmente el abandono de un ideario político conservador, en favor de uno de republicano y demócrata (Courtney, 1923: 511; Wilson, 2021: 119). Jurista de formación, adquirirá entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta un cierto renombre como abogado, aunque terminará por abandonar su carrera para poder involucrarse de lleno en las luchas obreras y en la formación del movimiento sindical inglés, materializando una pasión por las reformas políticas, avalada por la insistencia de Comte en la función de toda filosofía para con el bienestar de la humanidad (Harrison, 1907: 49; Vogeler, 1979: 94-95; Sartori, 2021: 824). A pesar de la fuerte influencia recibida de Congreve, hacia 1879, Harrison, junto al resto de jóvenes discípulos que el primero habría cosechado en Wadham, romperá con el maestro, considerando excesiva la importancia dada por este a la liturgia de la Religión de la Humanidad, exceso que, a su juicio, convertiría el positivismo en una especie de secta cómica, oscura y sórdida (Harrison, 1879: 51; Wilson, 2021: 259, 293). Con esta escisión, Harrison recogerá el testimonio de Congreve presidiendo el *English Positivist Committee* desde 1880 hasta 1905 y fundando el Newton Hall el 1881 (Marvin, 1924: 387).

Harrison fue editor y coautor, entre otros, de *The New Calendar of Great Men* (1892), y encontramos su nombre recurrentemente en las introducciones a las nuevas ediciones en inglés de la obra de Comte. Aunque Congreve la habría traducido previamente en la versión del *Catéchisme Postiviste* –habiendo introducido algunas modificaciones que valieron la reprobación de positivistas franceses como Pierre Laffitte (Wilson, 2021: 187-188–, Harrison se encargará de traducir la *Bibliothèque Positiviste* del Apéndice del cuarto tomo del *Système de Politique Positive* de 1854 y de editarla junto con una introducción que recogería los principios que regirían el catálogo según los habría expuesto el propio Comte (Harrison 1886c; Harrison, 1912: 395-438). Según confesaría en otra ocasión, entre 1860 y 1870, en su proceso de conversión y adopción de los esquemas positivistas, habría desempeñado un papel fundamental adquirir, tomar como guía y estudiar, además de las principales obras de Comte, gran parte de la *Bibliothèque*. Y exactamente lo mismo propondría

hacer a los jóvenes iniciados en la Religión de la Humanidad, durante su presidencia (1880-1905) del *English Positivist Committee* con sede en Newton Hall (Harrison, 1907: 36, 281-282).

El mismo año en que se publica su traducción de la *Bibliothèque Positiviste*, Harrison edita *The Choice of Books and other literary pieces*, tomando el título de uno de los ensayos que conforman el volumen. Fue Thomas Carlyle en 1866 el primero en disertar sobre lo que se convertiría en un tópico de la época, en su toma de posesión como rector de la Universidad de Edimburgo. Desde entonces, muchos se entretendrían en dictar lecciones sobre sus propias preferencias y recomendaciones literarias (Carlyle, 1866; ver AAVV, 1886: 1). El particular intento de Harrison le ha valido el título honorífico de ser el primero en emplear la expresión “great books” (Lacy, 2008: 408). A juzgar por lo que anota el propio Harrison en el Prefacio, el contenido de este ensayo reproduciría en gran medida una serie de cartas sobre la lectura doméstica que pretendían contribuir a la elaboración de un catálogo bibliográfico para lectores “con cierto tiempo libre”; unas cartas que, si hemos de hacer caso a la confesión del autor, fueron motivadas, al igual que en el caso de Comte, por la preocupación por la educación “de una muy joven señorita”, quien ahora instaría al autor a hacerlas llegar a un círculo de lectores más amplio (Harrison, 1886a: vi). El ensayo se divide en cuatro capítulos. Mientras que los centrales constituyen un comentario sobre algunas de las obras que Harrison recomienda, el primero y el último versan sobre la necesidad pedagógica de contar con una guía para la selección de lecturas y tratan de los principales elementos del ideal de formación positivista en el que descansaría dicho proyecto literario.

Según Harrison, bajo la desmesurada confianza en los logros y beneficios derivados de la lectura, y bajo la postura pedante que elogia sumergirse en las letras como si un sinónimo fuera de buena educación, se ignora el desperdicio de esfuerzos, así como los riesgos intelectuales y morales a los que nos exponen no pocas lecturas (Harrison, 1886b: 1). Lejos del prejuicio que considera los libros y el hábito de leer como buenos por sí mismos, para el autor, dedicar tiempo a lecturas insustanciales, poco sólidas, sin propósito e incluso dañinas, así como dejarse llevar por el mero entretenimiento o la acumulación de información, no solo constituye un mal hábito, sino que además obstaculiza la difícil adquisición del necesario hábito de leer grandes obras (Harrison, 1886b: 80). Los libros, enfatiza, no son buenos simplemente por ser libros, ni se vuelven buenos simplemente por leerlos, son buenos en función de lo que el lector pueda hacer y obtener de ellos (Harrison, 1886b: 6). Mientras los libros difieren en contenido en la misma medida en que lo hace un diamante de la arena o un amigo de una rata muerta, el uso de los libros que tiene como único propósito acceder a información o entretenerse con la lectura, impide la posibilidad de ser instruido, elevado e inspirado por ellos mismos (Harrison, 1886b: 15). Como se demuestra por el hecho de que haya tantos devoradores de libros igualmente incapaces de leer nada de las obras literarias más sabias y hermosas, el hábito de leer despreocupadamente es, para Harrison, uno de los peores hábitos que podemos adquirir, peor incluso que el de no leer (Harrison, 1886b: 6). Leer grandes libros no es un don, es una facultad que se debe adquirir; una facultad que echamos a perder tanto, o incluso más, si leemos libros menores que si no leemos nada, como, tanto, o incluso más, si la malgastamos devorando información que si eximimos a nuestras mentes del estudio (Harrison, 1886b: 2, 24).

La acelerada proliferación del libro y de la prensa escrita, especialmente cuando su producción, como ya advertía Comte, queda sujeta a los criterios de mercado, hace aún más urgente la necesidad de ofrecer una guía para distinguir, aislar y purgar lo que no vale la pena ser leído y que perece de un día para otro; hace más urgente la necesidad de una operación, en términos comtianos, de higiene mental, la de seleccionar y quedarnos con los mejores libros, con las más puras y eternas obras (Comte, 1854: 405; Harrison, 1886b: 4, 12). De hecho, Harrison sostiene que la primera gran tarea intelectual de nuestro tiempo es la de ordenar y convertir en provechoso el vasto reino de material impreso; organizar el conocimiento, sistematizar nuestra lectura para preservar los pensamientos eternos de los más grandes (Harrison, 1886b: 18-19). “The Choice of Books” afirmará “is really the choice of our education, of a moral and intellectual ideal, of the whole duty of man” (Harrison, 1886b: 20). Y como tal, la elección se hace especialmente urgente para las clases populares, como aquellos que no han tenido la oportunidad de recibir una educación de manera sistemática y que deben esforzarse por adquirirla por sí mismos. Pero también para aquellos que buscan guiar la educación de los más jóvenes. En cualquier caso, elegir libros y establecer un programa de lectura requiere de un esquema total de educación, que en última instancia presupone un sistema filosófico, si se quiere, una idea completa de los deberes y capacidades del ser humano como ser moral y social, que el autor declara sin complejos adoptar del positivismo de Auguste Comte (Harrison, 1886b: 19).

Identificar cuáles sean las grandes obras literarias no implicaría, a juicio de Harrison, grandes secretos. El verdadero juicio a la hora de valorar la inclusión de una obra en este catálogo de lecturas que debería guiar nuestra educación exige solamente determinar el lugar que estas obras y autores ocuparían en el conjunto del cultivo de la humanidad y en el progreso gradual de esta de una época a otra (Harrison, 1886b: 23). Estas lecturas deben recordarnos la inmensidad del pensamiento humano y la extraordinaria variedad de la naturaleza humana (Harrison, 1886b: 22). Los grandes libros, en definitiva, no son otra cosa que los libros comunes de la humanidad (Harrison, 1886b: 88). Por el contrario, la extrañeza o el olvido de ciertas obras indica su escaso o nulo carácter común, su limitada capacidad de hablar de y a toda la humanidad. Y la respectiva manía editorial de recuperar y coleccionar estas rarezas es, en el mejor de los casos, una especie de fetichismo coleccionista o académico que no tiene ningún tipo de razón educativa, ni de intención social o aspiración sistemática (Harrison, 1886b: 87-88). En esta línea, que es la línea de la *Bibliothèque comtiana*, cualquier lectura que forme parte del catálogo propuesto debe tener un alcance general, recordarnos los grandes logros del pensamiento y la civilización humana y su gran variedad, y alejarse, por lo tanto, de restringirse a una determinada escuela de pensamiento, a una época, a un país, a un estilo, etc. Ligarnos a una de estas impediría contemplar la única escuela susceptible de adscripción, aquella conformada por los

hombres más grandes (Harrison, 1886b: 22, 74, 76). Estos y no otros, nos recuerda Harrison, son los que se deben leer y releer hasta que su música sea parte de nuestra naturaleza, hasta que hayamos pasado a vivir en el mundo que ellos habrían creado para nosotros (Harrison, 1886b: 78).

4. «La cultura y sus enemigos». Matthew Arnold contra Harrison

A pesar de que la filosofía comtiana tuvo un considerable seguimiento en Inglaterra, generó a la vez rechazo en ciertos ámbitos intelectuales y políticos debido a la adhesión de sus seguidores a causas como la secularización, el republicanismo, el antiimperialismo, la mejora de las condiciones laborales, etc. (Wilson, 2017: 7). En este contexto, el positivismo defendido por Frederic Harrison fue objeto de numerosas críticas por parte de destacados victorianos como John Ruskin, Herbert Spencer o Thomas Huxley, con quienes nuestro protagonista mantuvo reseñables polémicas (Harrison, 1907: 47). Sin embargo, al menos para lo que aquí nos ocupa, ninguna tan relevante como la mantenida con Matthew Arnold y de la que deja testimonio *Culture and Anarchy: An Essay in Political and Social Criticism* (1869).

Considerada una de las controversias más interesantes del siglo XIX, en el intercambio entre Arnold y Harrison asistimos al enfrentamiento entre la idea arnoldiana de Cultura y el positivismo comtiano en su recepción inglesa (Vogeler, 1962: 441-442; Voegeler, 1979: 97). Un enfrentamiento que pasaría por diferentes momentos que de algún modo corresponden a las distintas fases de producción del ensayo. Como es bien sabido, el primer capítulo de *Culture and Anarchy* adapta la última de las lecciones que, en el marco de la cátedra de poesía, Arnold impartió en Oxford, “La Cultura y sus enemigos” (“Culture and its enemies”). Este discurso que ya incluía en su momento contundentes referencias críticas a Harrison, fue publicado por primera vez en julio de 1867 en *Cornhill Magazine*. Dicha publicación suscitó una enorme controversia, a la que, en lo que a Harrison tocaría, respondería él mismo con una sátira editada en *Fortnightly Review*. Las contrarréplicas de Arnold a Harrison, y a otros tantos, dieron lugar a lo largo de 1868 a otra serie de artículos (“Culture and Authority”) que terminarían de conformar el grueso restante del ensayo, publicado en su conjunto en 1869, y posteriormente, en 1875, revisado y corregido (Vogeler, 1962; Alcoriza y Lastra, 2010: 35-36).

Hacíamos notar al iniciar el artículo que *Culture and Anarchy* se ha erigido como el manifiesto fundacional del ideal de los Grandes Libros, que es un ideal cultural a la vez que político o social, concretamente, de democratización de la cultura (Lacy, 2008: 403-47; Lacy, 2013: 188). Dicho ideal deja reconocerse prácticamente en muy pocas líneas apenas comienza el Prefacio a la primera edición, justo en el punto en el que Arnold anuncia tener por objeto la recomendación de “la Cultura como la gran ayuda a nuestras dificultades actuales” (Arnold, 1869: viii)¹. La Cultura que aquí Arnold recomienda apunta al perfeccionamiento completo de las capacidades y aspiraciones humanas, algo progresivamente alcanzable a partir de una suerte de operación interior consistente en el intercambio de ideas y de hábitos con otros pensamientos, con el fin que los propios sean tomados a consciencia y mantengan toda su vitalidad para asistirnos en la intelección y el buen manejo de los quehaceres de la vida. Un perfeccionamiento que no se produce sin embargo por el intercambio con pensamientos cualquiera, sino especialmente con “lo mejor que se ha pensado y dicho en el mundo”, a lo que tenemos la oportunidad de acceder y participar, en buena medida, aunque no solamente, a partir de los libros y de la lectura (Arnold, 1869: viii-ix). Acceso y participación, Arnold puntualizará más adelante, que deben estar disponibles a todos los hombres, en cualquier parte y más allá de las clases sociales (Arnold, 1869: 31-32).

En defensa de esta idea, en *Culture and Anarchy*, Arnold carga contra varios exponentes del materialismo y liberalismo emergentes en la intelectualidad y la vida pública victorianas. Entre sus antagonistas principales, esto es, entre los “enemigos de la Cultura”, aquellos que según Arnold la denigran como “algo muy pobre, que poco bien le puede hacer al mundo” (Arnold, 1869: 1), ninguno adquiere mayor protagonismo que Frederic Harrison (Vogeler, 1962: 441). La condición de *alumnus* de Oxford, apartado sin embargo de la academia tras su conversión al positivismo, y librado a causas sociales, laborales y sindicales muy alejadas del conservadurismo de su *alma mater*, sirven a Arnold de pretexto implícito general para tomar a Harrison como radical tipo y hacer de él el principal antagonista para la defensa de la Cultura en la última de las lecciones en la cátedra de poesía (Vogeler, 1962: 441, 446-447, 449).

El pretexto explícito concreto del ataque de Arnold contra este son unas palabras del positivista en un artículo publicado en *Fortnightly Review*, en el contexto de la crisis y el debate abierto sobre las reformas parlamentarias de 1867. Las líneas firmadas por el positivista en “Our Venetian Constitution”, citadas en más de una ocasión en *Culture and Anarchy* hacen así: “Perhaps the very silliest cant of the day is the cant of culture. Culture is a desirable quality in a critic of new books, and sits well on a professor of ‘belles lettres’; but as applied to politics it means simply a turn for small fault-finding, Love of selfish ease and indecision of action. The man of culture is in politics one of the poorest mortals alive. For simple pedantry, and want of good sense, no man is equal” (Harrison, 1867a: 276-277; Arnold, 1869: 2, 46). El contexto inmediato en el que se producen, apuntábamos, es el del debate sobre el proyecto de ley para el Representation of the People Act de 1867. Mediante el mismo, el Primer Ministro tory Benjamin Disraeli terminaría incrementando en novecientos treinta y ocho mil electores el censo electoral, extendiendo el derecho a voto a una parte de la clase trabajadora, concretamente, a los pequeños propietarios y a los arrendatarios con rentas iguales o superiores a diez libras anuales. El cacareo de la cultura contra el que arremete Harrison es el que, junto con el de una cierta virtud moral, el establishment político inglés ha ido pregonando como requisitos necesarios

¹ Utilizamos para los textos de *Culture and Anarchy* de Arnold, la traducción de Alcoriza y Lastra (Arnold, 2010), aunque citamos donde puede encontrarse el texto en su edición original (Arnold, 1869).

para poder autorizar a nuevos votantes. Dicho de otra manera, la cultura es, para Harrison, el cuento del que se han venido sirviendo las clases privilegiadas para seguir restringiendo el derecho a voto de las clases populares y poder seguir disfrutando en exclusiva de la prerrogativa de dirigir los asuntos públicos –cuando para el positivista, en la línea de lo que hemos visto anteriormente, las clases populares serían las mejor capacitadas para arbitrarlos (Harrison, 1867a: 276). Como bien recoge Arnold, Harrison carga contra la cultura como una cosa frívola e inútil, un recurso al que recorre la clase dirigente para distinguirse socialmente y justificar sus privilegios, pero la posesión de la cual resulta del todo ineficaz para gobernar y, sobre todo, para poner remedio a los males sociales que afectan a la nación (Arnold, 1869: 5).

Hasta un cierto punto parece que Harrison y Arnold no se refieren exactamente a lo mismo por cultura (Vogeler, 1962: 448-449). La Cultura que anima Arnold a tomar como la gran ayuda a nuestras dificultades –idealmente a las de todos y no solo a las de una clase (Arnold, 1869: 49)–, esto es, el estudio de la perfección, el desarrollo de todas las capacidades que embellecen y dan valor a la naturaleza humana, “es mucho más de lo que el señor Frederic Harrison y otros consideran” (Arnold, 1869: 4). A lo que Harrison se refiere –al conjunto de hábitos, ideas, preocupaciones e intereses de las clases dominantes–, Arnold considera que “nadie [lo] llamaría cultura (...) ni le daría valor alguno” (Arnold, 1869: 4). Hasta el propio Harrison reconocería posteriormente que en su ataque original a la cultura en ningún caso querría arremeter contra el cultivo intelectual o el genio literario (Harrison, 1875: 150). Harrison sí se referirá, en su réplica satírica posterior al primer discurso de Arnold, a la cultura como cultivo intelectual, sacando a la luz con ello un desacuerdo con el que, aquí sí, parece que no puede haber reconciliación entre ambos. Des de la perspectiva positivista, Harrison presenta la cultura como una forma de conocimiento insuficiente, que, a lo sumo, estimula la curiosidad, pero que de ningún modo puede articular forma efectiva alguna de enseñanza, siendo como es, carente de sistema, de método y de lógica, y sin unos principios coherentes y deductivos (Harrison, 1867b: 608-610). A su tiempo, Arnold, que se declarará, por oposición a su interlocutor, insistente y orgullosamente asistemático a lo largo de todo el ensayo (Arnold, 1869: xviii, 2, 4, 93, 105), defiende que de lo que sirve de antídoto precisamente la Cultura es para la presunta autoridad y la abstracción del sistema (de una escuela) que impone, encierra y estrecha el descubrimiento de nuevas ideas (Arnold, 1869: 42, 45).

A pesar del enfrentamiento y de las acusaciones recibidas por parte de Arnold –algunas de las cuales sin rendir justicia al positivismo–, Harrison es capaz de reconocer que ambas propuestas coincidirían en más de una cuestión: “here seems very much in which the higher Culture may be said to coincide with this philosopher [Comte]” (Harrison, 1867b: 613). En la misma línea, Arnold no solo hacía algunas concesiones a su interlocutor, sino que al parecer hasta habría intentado tener un encuentro con este y habría manifestado su deseo de tratar con humor algunas de sus desavinencias (Arnold, 1869: 4; Vogeler, 1962: 452, 454). Dicho esto, se han reconocido algunas coincidencias no menores entre los dos. A pesar de que en el positivista existe una vocación clara por las reformas y la acción política directa e inmediata, y Arnold, por su lado, no sugerirá en ningún caso propuestas políticas concretas refugiándose en la fe en la Cultura como poder transformador de la sociedad, ambos considerarían que las medidas administrativas son en cualquier caso insuficientes para la solución de los problemas sociales y que un cierto conocimiento debe preceder la acción política (Vogeler, 1962: 456). Precisamente, tanto la idea de Cultura de Arnold como el positivismo comtiano coinciden en considerar que la verdadera reforma social, el fin de la anarquía si se desea, solo puede venir acompañada de una cierta regeneración moral de los individuos, ya sea mediante la Cultura o mediante el conocimiento de la historia en la doctrina positiva. Coinciden también en que dicha regeneración pasa por la subordinación de los intereses particulares a los comunes o universales, por una superación de los deseos egoístas que nos permitan vivir a la vez para los demás y por la identificación con la humanidad más allá de las condiciones de clase, nacionales... A la vez, estarían de acuerdo en que dicha regeneración pasa, con independencia de lo que uno y otro gusten por el sistema, por la concurrencia con lo que Arnold llama “todas las voces de la experiencia humana que se hayan oído” (Arnold, 1869: 12), y que los positivistas recogen la *Bibliothèque* o en el *Calendrier* como los grandes monumentos de la historia de la Humanidad (Vogeler, 1962: 454-455).

Al lado de los acuerdos entre ambos, parece que la historia también terminaría demostrando el triunfo efectivo de algunas de las ideas y propuestas de Comte. Los fundamentos positivos y la creciente unidad de la ciencia, su aplicación para la mejora de la sociedad, una concepción del progreso basada en el registro histórico de la humanidad, la necesaria formación de una organización política mundial o el advenimiento de repúblicas regidas por los intereses de los trabajadores, lograrían calar progresivamente en la atmósfera filosófica y política victoriana, sino en el conjunto del mundo occidental (Marvin, 1924: 388). Al fin y al cabo, como confesaría Harrison, este habría sido el mayor consuelo para quien, confiando en el avance del conocimiento que proporciona la discusión, pasara más de media vida inmerso en polémicas y en la obligación de defender prácticamente a solas una filosofía como la positiva de tantísimos prejuicios (Harrison, 1907: 50).

5. Sir John Lubbock's Best Hundred Books

Entre 1857 y 1860, justo antes de involucrarse de lleno en el activismo sindical, la vocación de Harrison de contribuir a la incorporación del proletariado a la sociedad moderna, se materializa en la docencia en el Working Men's College, la célebre institución fundada en 1854 por Frederick Dennison Maurice y Thomas Hughes, bajo los principios del Socialismo Cristiano. Entre otras, esta institución se dedicó a poner a disposición de los adultos de clase trabajadora una educación o, si se quiere, una cultura liberal (Maurice, 1866). Sin embargo, la colaboración de Harrison con el College se vería interrumpida en 1860 debido al

recelo despertado en Maurice ante un eventual intento de infundir un esquema positivista a su programa de estudios (Harrison, 1907: 47-48; Vogeler, 1979: 97).

Precisamente, en un acto celebrado en el Working Men's College en enero de 1886, John Lubbock, quien sería *Principal* del mismo entre 1883 y 1899, al finalizar su discurso sobre "The Choice of Books"—homónimo al de Harrison—, presentó los que él consideraba los cien mejores libros. El catálogo se publicó por primera vez el 11 de enero en *Pall Mall Gazette* junto con la lección de Lubbock. El mes siguiente salieron a la luz dos publicaciones más que completaban la primera. Por un lado, la revista *The Contemporary Review* lanzó una versión corregida y aumentada, junto con otro discurso pronunciado en el mismo *college*, titulado "On the pleasure of reading" (AAVV, 1886; Lubbock, 1886; Lubbock, 1890). Por otro, *Pall Mall Gazette*, en su "Extra" número 24, dedicó un completo monográfico que incluía la lista original, la recepción, la crítica y las propuestas de mejora de una serie de destacadas figuras, así como la posterior contra propuesta de Lubbock, además de algunas contribuciones adicionales sobre el tema, como una carta de Thomas Carlyle de 1871 dirigida a un joven interesado en un programa de lecturas para su educación (AAVV, 1886). El "Extra" 24, titulado "The Best Hundred Books, by the Best Literary Judges of the Day", fue todo un éxito de ventas con más de 40.000 copias distribuidas (Lacy, 2008; Carnochan, 1999).

Entre las personalidades destacadas a las que se dirigió *Pall Mall Gazette* —inicialmente más de un centenar— solicitándoles que revisaran críticamente y sugirieran alternativas a la lista de libros "necesarios para una educación liberal", se incluían autoridades políticas de alto nivel como el Príncipe de Gales o el Primer Ministro William Ewart Gladstone; famosos hombres y mujeres de letras como John Ruskin, Matthew Arnold o Benjamin Jowett; científicos como Herbert Spencer; autoridades eclesiásticas como el Cardenal John Henry Newman o el reverendo Frederick William Farrar; además de actores, novelistas, dramaturgos, editores, libreros, bibliotecarios y profesores. Según confiesa el editor, todo esto con el propósito de neutralizar la perspectiva parcial de Lubbock, quien no solo no pretendería que su lista fuera la única, sino que consideraría de gran utilidad disponer de listas alternativas (AAVV, 1886: 1). Algunos de ellos, a pesar de responder, renunciaron a hacer contribuciones de ningún tipo a la lista de Lubbock. Sin duda, las renunciadas más significativas son las de Arnold y la del Cardenal Newman. Mientras que el primero afirmaba no estar en condiciones de elaborar una lista propia (AAVV, 1886: 23), el segundo se excusaba diciendo que no podía estar a la altura de una tarea de este tipo (AAVV, 1886: 14). Al margen de estos, la gran mayoría de las respuestas más bien sugerirían incluir obras ausentes que no eliminar algunas de las obras incluidas (AAVV, 1886: 14).

La magnitud de la recepción desencadenada tras la publicación de los discursos y las listas del director del Working Men's College explica por qué algunos de los más destacados impulsores de los programas de Grandes Libros del siglo XX en los Estados Unidos consideran a Sir John Lubbock, si no el iniciador de la idea de los Grandes Libros, al menos sí el incitador de toda una manía por la elaboración de listas de libros como instrumentos para poder adquirir una buena educación (Adler, 1977: 61, 62). Hasta tal punto se ha estimado el papel de Lubbock que se ha llegado a especular con que el mismo Frederic Harrison se hubiera inspirado en este para escribir su "The Choice of Books" (Lacy, 2008: 408, 410). Ciertamente, no puede descartarse que, aprovechando la tirada y el eco adquirido por la lista y el discurso de Lubbock, publicados pocos meses antes del ensayo de Harrison, incluso antes de su edición de la *Positive Library* de Comte, las editoriales aprovecharan para sacar ambas; más aún si se tiene en cuenta que Harrison y Lubbock disputaron un escaño en el parlamento británico en julio del mismo año (Hutchinson, 1914: I, 226). Pero el hecho que en su discurso de enero de 1886, Lubbock elogio y cite la primera versión del texto homólogo de Harrison (publicada en 1879 en *Fortnightly Review*), demostraría que el tratamiento de la cuestión por parte de Harrison es anterior, y que, en todo caso, podría ser Lubbock quien podría haberse inspirado, si no en el positivismo de Harrison, al menos en la *Bibliothèque* comtiana como modelo (Lubbock, 1886: 242). Parece improbable que Lubbock asumiera los principios positivistas, sin embargo, que en la lista de los cien mejores libros publicada en *The Contemporary Review* y en la lista corregida incluida en el "Extra" 24 de *Pall Mall Gazette* de febrero de 1886 se incluya la traducción de Richard Congreve del *Catechisme Positiviste* (AAVV, 1886: 24; Lubbock, 1886: 250), demuestra que Lubbock habría cotejado su propia lista con la de Comte publicada por Harrison (Vogeler, 1968: 192-193); lo que obliga a considerar que la influencia o, al menos, la continuidad de la idea de los Grandes Libros con el positivismo en general y la *Bibliothèque* en particular sean mayores de lo que a menudo se les atribuye. Una carta de Harrison dirigida a Lubbock en 1893, en la que el primero expresa su opinión sobre la última de las listas del segundo, y en la que, a pesar de lo que muchos lectores piensan, muestra su satisfacción por lo cerca y lo de acuerdo que están uno con el otro, refuerza esta hipótesis (Hutchinson, 1914: II, 55-56).

También refuerza esta idea el hecho de que "The Choice of Books" de Lubbock comparta con el de Harrison, y con tantos otros de la época, una serie de tópicos, tales como la abrumadora cantidad de libros disponibles y la facilidad para adquirirlos, la gran dificultad a la hora de elegir lecturas con criterio, la necesidad de ofrecer un catálogo relativamente reducido que asista a los lectores en la selección, o el hecho de que la selección deba confiarse al veredicto emitido por la misma historia de la humanidad (Lubbock, 1890). Si bien no encontraríamos diferencias sustanciales entre Lubbock y Harrison en cuanto al catálogo de lecturas ni en el discurso que reclama la necesidad popular de elegir bien lo que se lee, ambas propuestas acabarán distanciándose en las respectivas consecuencias en lo que respecta a la producción, distribución y circulación de los libros. Mientras la propuesta positivista, inalterada en Harrison, recordemos, no tiene ninguna ambición comercial, y sus seguidores trabajan por la creación de bibliotecas de acceso libre, consulta y préstamo (cf. Harrison, 1912: 385-394), el destino de *Sir John Lubbock's Best Hundred Books* será completamente diferente. Y es que, iniciada en 1891 y finalizada en 1895, la editorial Routledge, basándose en su lista, lanzaría una colección completa con los "One Hundred Books of All Time", dirigida tanto a estudiantes de literatura como a lectores en general (Lubbock, 1895).

6. El legado positivista y la tradición de los Grandes Libros

Según Carnochan (1999), entre las distintas corrientes que en la Inglaterra victoriana convergen dando lugar a la tradición de los Grandes Libros, ninguna como la positivista ofrecería mejor punto de partida para una concepción de los mismos como instrumentos indispensables para una educación general. Más allá de esta consideración, la recepción de Harrison de la obra de Comte permite precisar qué elementos y rasgos de la selección literaria positivista y de los programas de lectura asociados sientan un precedente a tener en cuenta para algunas iniciativas posteriores. Por paradójico que resulte, por su oposición frontal al positivismo –al menos, en la consideración que fuera de la matemática y de la ciencia experimental solo haya lugar para sofisterías e ilusiones (Hutchins, 1952: 35)²–, en el movimiento por los Grandes Libros, y especialmente, dentro de este, en el movimiento por las Artes Liberales (Haarlow, 2003), del que Robert Hutchins, Mortimer Adler o Scott Buchanan figuran como máximos representantes, y el plan de estudios del St John's College (1937) y la colección *Great Books of the Western World* de Encyclopaedia Britannica (1952), como mayores concreciones programáticas, pueden apreciarse elementos comunes a la idea comtiana, algunos de los cuales reseñamos a continuación a modo de conclusión.

1. *La determinación de qué obras merecen leerse bajo criterios estrictamente educativos.* Esto es, que la consideración de Grandes Libros, lejos de pretender fijar las mejores obras de todos los tiempos, dependa del particular servicio de los mismos al crecimiento intelectual y moral de los individuos y, consiguientemente, al desarrollo y bienestar de la sociedad. No se contempla, pues, excluir de estos programas de lectura ningún libro esencial para la educación, ni incluir cualquier otro cuya aportación sea discreta o dispensable (Columbia University, 1924: v; Erskine, 1948: 170; Hutchins, 1952: xvi-xvii). Consiguientemente, se procederá también a promover aquellos procesos editoriales necesarios para que los Grandes Libros estén fácilmente disponibles (Hutchins, 1952: xxi).
2. *El emplazamiento y el uso de dicha selección literaria y su enseñanza dentro de un esquema coherente de educación y, a su vez, de todo un sistema filosófico.* Algunos programas de Grandes Libros se circunscriben enfáticamente en un intento por restablecer un orden racional y coherente en la educación, orden en el que se reclama para la filosofía –en este caso, no para la filosofía positiva, sino para la metafísica– una función rectora y unificadora (Hutchins, 1936: 97-108, Adler, 1977: 132-133).
3. *Para la efectividad de su enseñanza, la identificación de un cuerpo de conocimientos y habilidades regido por unos principios y articulado lógicamente y orgánicamente y la implementación de un método para la transmisión y el ejercicio de los mismos.* La pretensión sintética y sistemática de algunas colecciones y programas de Grandes Libros por transmitir los principales temas y problemas de la humanidad, el orden general de los fenómenos, así como los grandes logros del pensamiento al respecto, culmina en el desarrollo de instrumentos complementarios a la propia catalogación, como el *syntopicon* de Mortimer Adler, que tratan de conectar, articular y ordenar el descubrimiento y aprendizaje de las grandes ideas a través de potenciales recorridos de lectura. Al mismo tiempo, la insistencia de algunos programas en el ejercicio, la adquisición y el dominio de las artes liberales, especialmente, las correspondientes al *trivium*, pretende asegurar una cierta efectividad del pensamiento para comprender mejor ciertas ideas mediante la lectura (St. John's College, 1938: 25-34; Adler, 1940; Hutchins, 1952: 85-86).
4. *La educación de la masa popular trabajadora como medio natural y destino preferente de los programas de Grandes Libros.* A pesar de la notoriedad obtenida por su establecimiento en algunas de las mejores universidades norteamericanas, con el espíritu de democratizar la cultura y lejos de plantearse como un recurso exclusivo de la clase dirigente, los programas de lectura de grandes obras dirigidos a un público popular, como los seminarios de la School of Philosophy del People's Institute de Nueva York (1926-1928) o los de la Great Books Foundation, han sido considerados la máxima expresión contemporánea de la idea de los Grandes Libros (Lacy, 2013).

7. Referencias bibliográficas

- ACTC (2023). *Organizing Statement, 1995*. The Association for Core Texts and Courses. <https://www.coretexts.org/organization/mission?v=f24485ae434a>
- Adler, M. J. (1940). *How to read a book. The art of getting a liberal education*. Simon & Schuster.
- Adler, M. J. (1977). *Philosopher at Large. An Intellectual Autobiography*. Macmillan.
- Alcoriza, J. y Lastra, A. (2010). Introducción. En M. Arnold, *Cultura y Anarquía* (pp. 7-36). Cátedra.
- Arnold, M. (1869). *Culture and Anarchy: An Essay in Political and Social Criticism*. Smith Elder.
- Arnold, M. (2010). *Cultura y Anarquía*. Edición y traducción de J. Alcoriza y A. Lastra. Cátedra.
- Arbousse-Bastide, P. (1957). *La doctrine de l'éducation universelle dans la philosophie d'Auguste Comte, principe d'unité systématique et fondement de l'organisation spirituelle du Monde*. 2 vols. PUF.
- AAVV (1886). *The Best Hundred Books: Containing an Article on the Choice of Books by Mr John Ruskin, a Hitherto Unpublished Letter by Thomas Carlyle and others*. Pall Mall Gazzete «Extra», nº 24. Pall Mall Gazette Office.
- Carlyle, T. (1866). *On the Choice of Books. The Inaugural Address of Thomas Carlyle, Lord Rector of the University of Edimburgh*. John Camden.
- Carnochan, W. B. (1993). *The Battleground for the Curriculum: Liberal Education and American Experience*. Stanford University Press.

² Que Hutchins mencione a Rudolph Carnap o Hans Reichenbach conduce a pensar que su crítica esté más bien dirigida al positivismo lógico y al neopositivismo que al positivismo de Comte (1953: 51-53).

- Carnochan, W. B. (1999). Where Did Great Books Come from Anyway? *The Book Collector* 48(3), 352-371.
- Chaddock-Reynolds, K. (2002). A Canon of Democratic Intent: Reinterpreting the Roots of the Great Books Movement. *History of Higher Education Annual*, 22, 5-32.
- Columbia University (1924). *Outlines of readings in important books*. Columbia University Press.
- Comte, A. (1844). *Discours sur l'esprit positif*. Thunot.
- Comte, A. (1851). *Système de politique positive; ou, Traité de sociologie, instituant la religion de l'humanité. Tome Premier*. Carilian-Goeury et Vor Dalmont.
- Comte, A. (1852a). *Catéchisme positiviste, ou, Sommaire exposition de la religion universelle: en onze entretiens systématiques entre une femme et un Prêtre de l'humanité*. Carilian-Goeury et Vor Dalmont.
- Comte, A. (1852b). *Calendrier positiviste ou Système général de commémoration publique*. Carilian-Goeury et Vor Dalmont.
- Comte, A. (1854). *Système de politique positive; ou, Traité de sociologie, instituant la religion de l'humanité. Tome Quatrième et Dernier*. Carilian-Goeury et Vor Dalmont.
- Comte, A. (1877). *A System of a Positivist Polity, or Treatise on Sociology, Instituting the Religion of Humanity. Fourth Volume*. Longman's, Green.
- Comte, A. (1981). À Jacquemin (2 juillet 1848). A P. E. de Berredo Carneiro et P. Arnaud (ed.) *Auguste Comte. Correspondance générale et confessions. Tome IV: 1846-1848* (pp. 165-169). La Haye, Mouton.
- Comte, A. (1982). Programme sommaire du cours philosophique sur l'histoire générale de l'Humanité professé gratuitement, en vingt-neuf dimanches, au Palais-Cardinal, avec une entière gratuité, pendant chacune des trois années 1849, 1850 et 1851. En Carneiro, P. & Arbousse-Bastide, P. (ed.) *Auguste Comte. Correspondance générale et confessions. Tome 5 1849-1850* (pp. 483-485). De Gruyter Mouton.
- Courtney, J. E. (1923). Frederic Harrison: 1831-1923. *The North American Review*, 217(809), 510-520.
- Dupin, F. (2020). La "Bibliothèque du prolétaire au XIXe siècle": une encyclopédie positiviste?. En V. Bourdeau, J.-L. Chappey et J. Vincent (dir.) *Les encyclopédismes en France à l'ère des révolutions (1789-1850)* (pp. 187-198). Presses universitaires de Franche-Comté.
- Erskine, J. (1948). *My Life as a Teacher*. Lippincott.
- Haarlow, W. N. (2003). *Great Books, Honors programs, and Hidden Origins: the Virginia Plan and the University of Virginia in the Liberal Arts Movement*. Routledge Falmer.
- Harrison, A. (1926). *Frederic Harrison. Thoughts and Memories*. Heinemann.
- Harrison, F. (1867a). Our Venetian Constitution. *Fortnightly Review* 7(3), March, 262-283
- Harrison, F. (1867b). Culture: A Dialogue. *Fortnightly Review*, 8(11), november, 603-614.
- Harrison, F. (1875). Parliament before reform (1867). En *Order and Progress* (pp. 127-161). Longmans.
- Harrison, F. (1886a). Preface. En *The Choice of Books and Other Literary Pieces* (pp. v-vii). Macmillan.
- Harrison, F. (1886b). The Choice of Books (Partly from *Fortnightly Review*, April 1879). En *The Choice of Books and Other Literary Pieces* (pp. 1-93). Macmillan.
- Harrison, F. (1886c). *The Positive Library of Auguste Comte*. Reeves and Turner.
- Harrison, F. (1896). Introduction. En A. Comte, *The Positivist Philosophy. In Three Volumes*. Truly translated and condensed by H. Mantineau (pp. v-xix). George Bell & Sons.
- Harrison, F. (1907). *The Creed of a Layman. Apologia Pro Fide Mea*. Macmillan.
- Harrison, F. (1912). *Among my books*. Macmillan.
- Hutchins, R. M. (1936). *The Higher Learning in America*. Yale University Press.
- Hutchins, R. M. (1952). *The Great Conversation*. Encyclopaedia Britannica.
- Hutchins, R. M. (1953). *The Conflict in Education in a Democratic Society*. Harper & Brothers.
- Hutchinson, H. G. (1914). *Life Of Sir John Lubbock Lord Avebury. In two volumes*. Macmillan.
- Jiménez Abad, A. (1999). La "filosofía positiva" de Augusto Comte como doctrina de la educación. En F. J. Laspalas, *Historia y teoría de la educación: estudios en honor del profesor Emilio Redondo García* (pp. 221-246). EUNSA.
- Jolibert, B. (2004). *Auguste Comte - L'éducation positive*. L'Harmattan.
- Lacy, T. (2008). Dreams of a Democratic Culture: Revising the Origins of the Great Books Idea, 1869-1921. *The Journal of the Gilded Age and Progressive Era*, 7(4), 397-441.
- Lacy, T. (2013). *The Dream of a Democratic Culture: Mortimer Adler and the Great Books Idea*. Palgrave Macmillan.
- Lastra, A. (2009). La ineficacia de Matthew Arnold. *Alfinge*, 21, 99-108.
- Lebreure, D. (2018). La bibliothèque populaire positiviste de la rue Réaumur. *A Bibliothèques populaires. Histoire des bibliothèques et de la lecture populaires*. <https://bai.hypotheses.org/2414>
- Lee, J. S. (2020). *Invention. The Art of Liberal Arts*. Respondeo Books.
- Lubbock, J. (1886). On the pleasure of reading. *The Contemporary Review*, XLIX, January-June, 240-251.
- Lubbock, J. (1890). *The Pleasures of Life. Part I*. Macmillan.
- Lubbock, J. (1895). *Classified list of Sir John Lubbock's one hundred best books*. Routledge.
- Marvin, F. S. (1924). Frederic Harrison. *Isis*, 6, 387-390.
- Maurice, F. D. (1866). *The Working Men's College*. The Working Men's College.
- Montas, R. (2021). *Rescuing Socrates: How the Great Books Changed My Life and Why They Matter for a New Generation*. Princeton University Press.
- Muglioni, J. (1996). Augusto Comte (1798-1857). *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*, XXVI(1), 225-237.
- Negri, A. (1966). Augusto Comte e l'«educazione universale». *I Problemi della Pedagogia*, 12, 193-262.

- Petit, A. (2018). De la *Bibliothèque du prolétaire au XIXe siècle* à la *Bibliothèque positiviste*. En *Bibliothèques populaires. Histoire des bibliothèques et de la lecture populaires*. <https://bai.hypotheses.org/1929>.
- Pickering, M. (2009). *Auguste Comte. An Intellectual Biography, Volume III*. Cambridge University Press.
- Robinet, J. F. E. (1860). *Notice sur l'oeuvre et la vie d'Auguste Comte*. Société Positiviste.
- St. John's College (1938). *Catalogue for 1937-1938. Announcements for 1938-1939. Official Statement of the St. John's Program*. St. John's College.
- Sartori, É. (2021). Positivisme et religion de l'Humanité en Angleterre. *Commentaire*, 176, 821-828. <https://doi.org/10.3917/comm.176.0821>
- Torralba, J. M. (2022). *Una educación liberal. Elogio de los grandes libros*. Encuentro.
- Vogeler, M. S. (1962). Matthew Arnold and Fredric Harrison: The Prophet of Culture and the Prophet of Positivism. *Studies in English Literature, 1500-1900*, 4, 441-462.
- Vogeler, M. S. (1968). The Victorians and the Hundred Best. *The Texas Quarterly*, XI, Spring, 184-198.
- Vogeler, M. S. (1979). Frederic Harrison. The positivist as urbanist. En J. P. Hulin y P. Coustillas (eds.) *Victorian writers and the city* (pp. 94-114). Publications de l'Université de Lille III.
- Wilson, M. (2017). Labour, utopia and modern design theory: the positivist sociology of Frederic Harrison. *Intellectual History Review*, 29(2), 313-335, 10.1080/17496977.2017.1379287
- Wilson, M. (2021). *Richard Congreve, Positivist Politics, the Victorian Press, and the British Empire*. Palgrave Macmillan.

